

CONSEJO NOCTURNO

Un habitar  
más fuerte que  
la metrópoli

## ÍNDICE

Telurismo o metropolización .....	7
Para una genealogía de la metrópoli .....	25
Metamorfosis del trascendentalismo metropolitano .....	35
«Si esto es un hombre» .....	49
Miseria del alternativismo, construcción positiva de una potencia .....	69
Habitar, es decir, destituir el gobierno .....	83
Que no hay revuelta metropolitana, sino revuelta contra la metrópoli .....	91
Elementos para una no-arquitectura: la construcción vernacular .....	103
Axiomas para una no-arquitectura .....	114
Una vez más: hacia una Intercomunal .....	117

## TELURISMO O METROPOLIZACIÓN

*Muy difícil se ha tornado la guerra civil desde el descubrimiento de nuevas armas de fuego y la apertura de avenidas rectilíneas en las metrópolis.*

Georges Sorel,  
*Reflexiones sobre la violencia*

FRAGMENTO A FRAGMENTO, LA cuestión de los territorios, de cómo defenderlos, de cómo vivir autónomamente en ellos fuera y en contra del poder, asoma en todos los horizontes revolucionarios de la época. Aflora así la certeza de que sería justamente esta «propensión telúrica» la que inscribe los gestos políticos en lo más radical del *ahora*, la que les proporciona en cada ocasión su contemporaneidad. Contemporaneidad no por alguna voluntad de innovación u originalidad —los pueblos indígenas han hecho de los territorios el corazón de sus luchas desde hace siglos—, sino porque re-

chazan las pretensiones más falsas de esta época y dejan entrever por destellos otra. Nuestra tradición —la de los oprimidos— comparte así una estrategia con las formas-de-vida que entran en contacto con ella: estas se entretajan con territorios muy determinados, en los cuales pueden crecer, fortalecerse, organizarse, cuidar de todo aquello al alcance de sus manos, *habitar en común*. En estos tiempos, es frecuente que formen parte de luchas heteróclitas que podemos asociar a zonas de conflicto y de disputa, unas veces para detener el proyecto de construcción de un aeropuerto, otras para frenar una plataforma de extractivismo, otras más para repeler la «gentrificación» de un barrio o la invasión y la ocupación de sus tierras por un enemigo.

La expansión de estas luchas en coordenadas tan distantes del mundo trae a la luz una problemática global que es crucial advertir y poner colectivamente en discusión para, socavando la impotencia y la apacibilidad aisladas que los poderes de este mundo administran con sus ciencias de gobierno y su policía, construir los saberes, los abastecimientos y las armas para la insurrección que viene, para el cumplimiento de ese movimiento real que *destituye* el estado de cosas presente. La problemática a la que nos referimos no es otra que la de la *puesta en infraestructuras* de todos los espacios y los tiempos en el mundo para la constitución de un

megadispositivo metropolitano que anule por fin toda perturbación, toda desviación, toda *negatividad* que interrumpa el avance *in infinitum* de la economía. En heterogeneidad con este Imperio que se quiere positivamente incontestable, existe una *constelación de mundos autónomos* erigidos combativamente y en cuyo interior se afirma siempre, de mil maneras diferentes, una férrea indisponibilidad hacia cualquier gobierno de los hombres y las cosas, hacia el *planning* como proyección y rentabilización totales de la realidad.

A finales del siglo pasado, un teólogo cristiano describía así nuestra situación histórica: «A donde sea que viajes, el paisaje es reconocible: todos los lugares del mundo están abarrotados de torres de refrigeración y estacionamientos, de industrias agrarias y megalópolis. Pero ahora que el desarrollo se está acabando —la Tierra no era el planeta adecuado para este tipo de construcción—, los proyectos de crecimiento se están transformando rápidamente en ruinas y en desperdicios, en medio de los cuales tenemos que aprender a vivir. Hace veinte años, las consecuencias del culto al crecimiento parecían ya “contra-intuitivas”; hoy en día, la revista *Time* las anuncia con titulares de portada apocalípticos. Y nadie sabe cómo vivir con estos nuevos aterradores Jinetes del Apocalipsis, que suman muchos más de cuatro: cambios climáticos, agotamiento

## PARA UNA GENEALOGÍA DE LA METRÓPOLI

*Que no se nos hable ya de «la ciudad» y «el campo», y menos aún de su antigua oposición. Lo que se extiende alrededor de nosotros no se parece a esto ni de cerca ni de lejos: es una capa urbana única, sin forma y sin orden, una zona desolada, indefinida e ilimitada, un continuum mundial de hipercentros museificados y de parques naturales, de enormes conjuntos y de inmensos cultivos agrícolas, de zonas industriales y de urbanizaciones, de alojamientos rurales y de bares hípster: la metrópoli. [...] La metrópoli se propone la síntesis de todo el territorio. Todo cohabita en ella, no tanto de modo geográfico sino a través del mallaje de sus redes.*

comité invisible,  
*La insurrección que viene*

EN UN IMPORTANTE ENSAYO de 1903, «La metrópoli y la vida mental», Georg Simmel adelantó una de las primeras reflexiones de una disciplina que solo años después se llamará sociología urbana. Desde la década de 1870 hasta aquel año, Simmel vio cómo la población de la ciudad de Berlín se cuadruplicaba, un crecimiento que favoreció que se convirtiera en el principal foco de actividad económica de Alemania y del resto del mundo. En lugar del acostumbrado análisis sociológico de «las causas y las consecuencias» que implica la forma-metrópolis en una organización social, Simmel llevó a cabo un estudio sorprendente, por estar dirigido al nivel de la psique de los individuos que conforman y participan en el tejido metropolitano, estudiando la evolución de las sensibilidades y las modificaciones en las representaciones del mundo.

El «intelectualismo» con respecto a cada fragmento de la vida es el primer rasgo que Simmel destaca de la nueva subjetividad metropolitana, intelectualismo que consiste en una medición constante y «natural» de los tiempos. La metrópoli implicaría así, en primer lugar, la conformación de un *hábito de pensamiento* bastante particular que se extiende por todo el tejido social como mecanismo inmunitario de la propia metrópo-

li. Lo que subyace a estas mediciones es que, si no se efectuaran, por ejemplo, en el sistema de transportes en su conjunto, «llevarían a colapsar la vida económica de Berlín en menos de una hora»: «La metrópoli requiere del hombre —en cuanto criatura que discierne— una cantidad de consciencia diferente de la que le extrae la vida rural. [...] La actitud casual está tan obviamente interrelacionada con la economía del dinero, dominante en la metrópoli, que nadie puede decir si la mentalidad intelectualizante promovió la economía monetaria o si, por el contrario, fue esta última la que determinó la mentalidad intelectualizante. El tipo metropolitano de vida es, ciertamente, el suelo más fértil para esta reciprocidad entre economía y mentalidad».

La metrópoli sería así en primer lugar una zona de absoluta indiferenciación entre fenómenos «espontáneos» y las más ritualizadas de las prácticas económicas, donde toda forma de socialización coincide paradójicamente, observaba ya Simmel, con la más metódica *disociación*: que haya millones de átomos aglomerados bajo la metrópoli en absoluto significa que se susciten millones de encuentros entre ellos. Predicando un «sálvese-quien-pueda», *todos y cada uno* se valen de *sus* medios para ganarse *su* existencia, participando de manera individual e indiferente en la misma actividad social que los demás. «Los economis-



## METAMORFOSIS DEL TRASCENDENTALISMO METROPOLITANO

*Si ha de haber un «nuevo urbanismo» no estará basado en las fantasías gemelas del orden y la omnipotencia, sino que será la puesta en escena de la incertidumbre; ya no se ocupará de la disposición de objetos más o menos permanentes, sino de la irrigación de territorios con posibilidades; ya no pretenderá lograr unas configuraciones estables, sino crear campos habilitantes que alberguen procesos que se resistan a cristalizar en una forma definitiva; ya no tendrá que ver con la definición meticulosa, con la imposición de límites, sino con nociones expansivas que nieguen las fronteras, no con separar e identificar identidades, sino con descubrir híbridos innombrables; no estará obsesionado con la ciudad, sino con la manipulación de la infraestructura para lograr interminables intensificaciones y diver-*

*sificaciones, atajos y redistribuciones: la rein-  
vención del espacio psicológico.*

Rem Koolhaas,  
«¿Qué fue del urbanismo?»

NUESTRA ÉPOCA ESTÁ PLAGADA de ilusiones. Una de ellas es la firme creencia en el crecimiento imparable de las ciudades. Lo que sucede es justamente lo contrario: basta echar una mirada a los índices demográficos de una ciudad cualquiera para darse cuenta del despoblamiento progresivo de sus edificios (no es ninguna noticia que Venecia se quedará sin venecianos en menos de veinte años). Los centros históricos, que con el surgimiento de la burguesía fueron el foco de una escalada revolucionaria de sociabilidad y de conversación que acabó por hundir los poderes del Antiguo Régimen, no son hoy sino almacenes, oficinas, tiendas, hoteles: cascarones nunca habitados, calles atiborradas de terrazas, lugares desechables de circulación mercantil, zonas ultrasegurizadas donde nadie más que el policía de tránsito conoce la ubicación de tal o cual calle. Tomemos ahora el ejemplo de Ciudad de México. El ahora finado Subcomandante Marcos lo advertía en 2007 a propósito de lo que durante dece-

nios fue la principal plaza de politización en esta ciudad, el Zócalo, hoy ocupado casi permanentemente por empresas globales como Coca-Cola gracias a los convenios firmados con el gobierno izquierdista de la ciudad: así han conseguido, mercantil y pacíficamente, «lo que la derecha no había podido: despojar a la ciudad y al país del Zócalo. Sin necesidad de leyes reguladoras de marchas y mítines, sin necesidad de las firmas que los panistas hubieron de falsificar, el gobierno de Marcelo Ebrard toma el Zócalo, lo entrega a empresas comerciales [...], se construye una pista de hielo y ¡jaz!, cuando menos durante dos meses, nada de mítines o manifestaciones en esa plaza que el movimiento estudiantil de 1968 arrancó a las celebraciones oficiales» («Ni el Centro ni la Periferia»). Lo que no deja de crecer en todos los mapas no son ciudades, sino más bien periferias, una mancha metropolitana que hace entrar en una zona de indiscernibilidad la ciudad y el campo, la capital y la provincia, el centro y los márgenes. El surgimiento de la metrópoli se muestra aquí inseparable de la aspiración de un Imperio global que pretende destronar la forma-Estado que dominó la modernidad. En la era imperial del capital, el sistema político ya no ordena formas-de-vida y normas jurídicas en un espacio determinado, sino que alberga en su interior una *localización dislocante* que lo desborda y